

CONCIENCIA Y FE

EN J. H. NEWMAN.

P. Enrique Santayana Lozano C.O.

Versión escrita de la conferencia pronunciada el 14 de octubre de 2017 en la iglesia del Oratorio de san Felipe Neri, de Alcalá de Henares

Lo que quisiera mostraros en esta tarde, siguiendo al beato cardenal Newman, es que la conciencia tiene un papel determinante en el acto de fe. Este es el asunto. La fe, que es el principio de la vida cristiana, por la cual acogemos a Dios que se nos da y por la que nosotros mismos nos entregamos a Dios, es un don divino y, a la vez, un acto humano, un acto libre del hombre. Es decir: que el hombre da fe a Dios porque decide darle fe. Y decide darle fe porque cree tener razones para ello, aunque no sepa explicarlas. Pues bien, la razón decisiva se la da la conciencia.

Si el principio de la vida cristiana es la fe, como así es, y si ésta se apoya de forma decisiva en la conciencia, como quiero mostraros, entonces estamos metiéndonos en un asunto nuclear para comprender la relación entre el hombre y Dios, un asunto determinante también para afrontar la actual crisis de la transmisión de la fe.

Estructuraré la charla en tres partes:

Primera parte, introductoria, donde quiero advertir de la intrínseca relación entre el orden creado y la fe. De este orden depende, en gran medida que el hombre pueda escuchar a Dios y ofrecerle el homenaje de la fe. La conciencia es parte de este orden, como lo es el matrimonio o la razón. Pero este orden creado está siendo atacado.

Segunda parte: visión general de la conciencia en Newman, ¿qué es la conciencia según Newman?

Tercera parte: la conciencia como fundamento de la fe.

Advierto que en el pensamiento de Newman, la conciencia no está solo en relación con la fe, ni mucho menos. Es un tema omnipresente en su obra y es decisivo en su biografía. Nosotros vamos a abordar solo un punto muy concreto, a mi modo de ver, el más decisivo. Advierto también que la obra de Newman es muy extensa y que el análisis que voy a hacer se circunscribe a una parte pequeña, aunque significativa, de su obra.

PRIMERA PARTE: EL ORDEN DE LO CREADO Y LA FE

La primera gran afirmación del cristianismo es que Dios ha entrado en diálogo con el hombre, ha hecho del hombre su interlocutor, no para una comunicación cualquiera, sino para darse a sí mismo. Ha tomado al hombre como propio, lo ha unido a sí y él mismo se ha donado al hombre. La historia, desde la llamada de Abraham hasta Cristo, es la historia de esta revelación, de esta comunicación que llega hasta nuestro hoy en la Iglesia.

Este hecho prodigioso no sería posible si el hombre y Dios estuviesen en dos mundos absolutamente separados. Pero no es así, el mundo del hombre es un mundo creado por Dios; el hombre mismo es creado por Dios. Entre el mundo y Dios hay una relación original dada por el Creador a su obra desde el principio. Hay una presencia de Dios en su obra. Dios no se confunde con ella. Él siempre es mayor, pero su obra no le es ajena. Parafraseando a san Agustín: Dios está todo en todas partes, sin ser contenido ni confundido con nada.

Esta relación original entre Dios y lo creado hace que las cosas «hablen». La creación no es muda: habla de Dios. Lo creado es una palabra con la que nos cuida y nos muestra su benevolencia en los bienes con que sustenta nuestra existencia (“el trigo, el vino, el aceite...”). Lo creado es una palabra que nos rodea de belleza y de grandeza (el universo infinito, el cielo estrellado, el sol con su brillo, el océano inmenso...). Es una palabra que nos enseña que somos pequeños, frágiles y que necesitamos al que es dueño de todo (las fuerzas indómitas de la tierra y el mar..., la misma “hermana muerte”). Es una palabra que nos rodea de amor (el amor inestimable de los amigos, el amor del esposo o de la esposa, el amor de los padres...). Y con todas estas palabras, Dios nos habla de él y nos llama hacia él: En la benevolencia de los bienes creados, nos llama al bien definitivo que es él. En su belleza y grandeza enciende en nosotros el deseo de la belleza que no se marchita y de aquel «ser mayor que el cual no cabe pensar otro». En el amor humano despierta en nosotros la nostalgia de un amor infinito y eterno; desconocido y, sin embargo, bien conocido. Pero estas palabras naturales de Dios son inconclusas. Es un discurso no terminado, que, en realidad, prepara el camino de la Palabra de Dios que es su Hijo, su Palabra eterna, la Palabra que llamó a Abraham, la Palabra que enseñó a Moisés el camino de la vida, la Palabra, que fue dirigida a María y que tomó carne de sus entrañas purísimas y que tuvo luego sus manos atadas y sus pies clavados, la Palabra que ascendió a los cielos llevó consigo al hombre y, con el hombre, la creación entera.

Por tanto: la relación original que Dios ha establecido con las cosas al crearlas, hace que las cosas creadas no sean mudas, sino que hablen, que hablen de Dios. Hablan de Dios porque poseen una relación natural con él, que no termina una vez que son creadas. A la vez, esta relación original del mundo con Dios va a permitir que Dios mismo, de forma absolutamente libre, entre en el mundo y hable directamente al hombre por su Hijo. La creación es el camino de la revelación y de la redención.

Pero para que la comunicación entre el hombre y Dios pueda desarrollarse es necesario también que el hombre reconozca a Dios cuando le habla, que acoja su palabra como verdadera, que le obedezca, que se entregue a él. Ahora: si Dios usa el lenguaje de la creación, el hombre necesita conocer este lenguaje y adiestrarse en él, para reconocerlo y obedecerlo.

Tomemos el ejemplo de Abraham. Sabéis que, cuando es ya anciano, escucha la voz de Dios que le dice: «Abram, sal de tu tierra y de tu patria...» Abraham reconoce a Dios y obedece. Os pregunto: ¿cómo ha reconocido en una voz —fuese esta interior o exterior— a Dios? ¿Cómo es eso posible? Solo es posible si antes tenía un cierto conocimiento de Dios, aunque fuese oscuro. Y solo pudo obedecerle, si había entrenado su espíritu para la obediencia. San Ireneo nos pone en esta pista:

«Cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose dónde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio»¹.

Podríamos decir, siguiendo a san Ireneo, que Abraham, siguiendo el ardiente deseo de su corazón, un deseo natural, propio de su ser creado, se había entrenado para reconocer y obedecer a Dios.

La creación es así, por tanto, el camino de la revelación de Dios y también el camino por el cual el hombre aprende a reconocer y a obedecer a Dios. La creación es también el camino de la fe. Dios ha creado al hombre con las capacidades naturales necesarias para poder entender su lenguaje y poder responder a él. Haré mención ahora de tres de esas capacidades que, en realidad, aunque yo las distinga ahora, son difíciles de separar: la razón, el sentido religioso y la conciencia. Pronto iremos a la doctrina de Newman sobre la conciencia. Pero antes me interesaba centrar el interés de este tema.

Hoy asistimos a un ataque sistemático contra la creación. El Papa Francisco ha referido que Benedicto XVI le ha dicho en una conversación privada que este tiempo que vivimos es el del pecado contra la creación. Y el mayor ataque no es la contaminación, sino algo mucho más grave, dirigido a la estructura íntima de lo creado, que la hace hablar de Dios. Si se destruye el lenguaje de la creación o se hace ininteligible, el hombre pierde su capacidad para escuchar, para reconocer y para obedecer a Dios, para darle fe, que es el principio de la vida cristiana. Atacando el orden y la estructura de lo creado, se está atacando e impidiendo la transmisión de la fe. Ésta puede ser, a mi modo de ver, una de las más grandes dificultades en la transmisión del evangelio hoy.

En la historia de la Iglesia hemos pasado por épocas en las que se han atacado ciertos contenidos de la fe. Hoy se ataca al sujeto mismo de la fe, al hombre, y al lenguaje natural de lo creado que educa al hombre para la fe.

Entre las palabras de la creación con las que Dios habla al hombre, la más elocuente es el matrimonio. Justamente por ser la más elocuente es la más brutalmente atacada. Ha sido atacado el **matrimonio** con el divorcio, como si fuese propio del amor humano su muerte. Es mentira. Cuando se acepta el divorcio como algo normal, lo que se dice es que la pretensión del amor verdadero (exclusivo y definitivo hasta la muerte) es solo una ilusión, una mentira del corazón. Ha sido atacado el matrimonio con la cultura anti-natalista y con el aborto, aniquilando la naturaleza más íntima del amor que es la fecundidad, la capacidad de generar vida. Y hoy es atacado el matrimonio con la ideología de género, al que no voy a hacer referencia ahora porque hemos hablado muchas veces de él. Pero es un ataque al matrimonio, primero; y luego al sujeto mismo porque escinde completamente a la persona en

¹ SAN IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica* 24

su misma intimidad, creando un abismo entre su cuerpo y su espíritu. Y esto se hace con violencia, violentando el desarrollo psicológico, biológico, emocional y espiritual del niño y del adolescente, violentando también el derecho natural que asiste a los padres para educar a sus hijos, violentando el derecho de ofrecer una educación libre.

Se ataca la creación y se atacan las capacidades naturales con las que Dios nos ha creado:

Ha sido atacada **la razón** humana. Unos la han endiosado hasta hacerla creer que era ella la que creaba la verdad para imponerla en el mundo; otros la han humillado hasta hacerla creer que es inútil y no es capaz de conocer la verdad. Ella, que tiene la capacidad asombrosa de guiar al hombre en la búsqueda de Dios, porque es un ojo cuya mirada todo lo escruta para descubrir, reconocer y leer el rastro de la verdad, que es el rastro de Dios: «*la ragione è un occhio spalancato sulla realtà*»², la razón es un ojo abierto de par en par, volcado, sobre la realidad.

Se ataca **el sentido religioso del hombre**. Me refiero a una experiencia fundamental de lo humano. Y es que el hombre, que puede rastrear con su razón los confines del mundo y gozar con la belleza de lo creado, de los dones de Dios, de los amigos... experimenta en todo, en medio mismo del gozo y de la belleza, una insatisfacción profunda y la nostalgia de un bien mayor, que en todos esos bienes se le insinúa pero no se le termina de dar. Por esta extrañeza de la naturaleza humana, por la cual no encuentra descanso y experimenta que todo es pequeño y pobre para la capacidad del alma, el hombre aprende vitalmente que está hecho para un bien más grande que el universo entero, que está hecho para Dios. El hombre aprende a través de esta experiencia que Dios no es solo su origen, sino que es también su meta, que es el único alimento digno de su alma. Este aprendizaje le permite al hombre juzgar lo que de veras es importante en la vida y le mantiene despierto en la espera de una revelación de Dios. Esta experiencia fundante de lo humano es atacada. Lo es con una cultura del trabajo y del ocio que pretende eliminar toda posibilidad de que el hombre entre en sí mismo y escuche su propio corazón, la necesidad más íntima, la que le define. Una cultura que ensordece, con su ruido de trabajo desordenado y de un ocio lleno de cosas y casi obligado, el deseo originario e infinito que Dios ha puesto en el corazón humano. Es un ataque para que el hombre no escuche y no atienda a este deseo.

Y desde luego ha sido atacada **su conciencia**, confundiendo la conciencia con el sentimiento o con las conclusiones de una razón cerrada sobre sí misma. Casi cualquiera de nuestras bisabuelas sabía mejor que nosotros lo que la conciencia es, aunque no supiera explicarlo. La mía nos hablaba a mi hermana y a mí de «la voz de la conciencia», dándole un realismo, una autonomía con respecto al propio “yo” que ahora me asombra tremendamente: «La conciencia te dice que esto no está bien» y otras expresiones similares. Con aquellas expresiones parecía que la conciencia viviese independiente de nosotros, independiente de nuestros propios pensamientos para juzgarlos, independiente de nuestros intereses para ser juez de nuestros actos. Hoy nadie tiene esta idea de conciencia, aunque se conserve, en algunos casos, la forma de hablar sobre ella.

² LUIGI GIUSSANI, *Il senso religioso*.

Al hablar de conciencia, los modernos hablamos de *nuestro* pensamiento, de *nuestra* voluntad, de *nuestras* decisiones, de *nuestros* principios, de *nuestros* sentimientos. En el mejor de los casos, creemos que un hombre de conciencia es lo mismo que un hombre coherente, pero no es la misma cosa. Ser coherente con el propio pensamiento y con los propios valores no es poca cosa, es una gran cosa, siempre que esos principios sean buenos. Lo fundamental es que la coherencia hace referencia al propio yo, el hombre vuelve sobre sí para afirmarse a sí mismo. La conciencia, por el contrario, hace referencia a otro, a Dios. La coherencia habla de nosotros mismos, la conciencia habla de Otro más grande que nos acompaña, de Dios. La coherencia nos insinúa a un hombre solitario que ha de afrontar la vida solo, la conciencia nos habla de un hombre abierto en su raíz y acompañado por Otro, más grande que él. La conciencia hace referencia a la relación natural del «yo» con Dios, a través de una «voz» independiente que se deja oír en el alma. El ataque moderno a la conciencia consiste en confundirla con el propio yo y así arrebatar al hombre su mejor arma natural para guiarse en la vida, para identificar al Dios verdadero cuando le habla por medio de la Revelación sobrenatural y el mejor entrenamiento de su yo para la fe.

«Estamos frente a la intención diabólica de edificar una creación alternativa»³, dijo el recientemente fallecido cardenal Carlo Caffarra. Es un ataque a la creación que rompe al hombre por dentro de tal modo que ya no es capaz ni de escuchar la voz de Dios ni de dar fe a Dios. Por eso, para defender el plan originario de Dios, que quiere introducir al hombre en la comunión con él, es necesario que la Iglesia defienda lo creado como creado: el matrimonio, la razón, la libertad, el sentido religioso y la conciencia... en el orden original dado por Dios.

Pues bien, es aquí donde la obra de Newman cobra de nuevo actualidad. Él ha profundizado como nadie en la naturaleza de la conciencia del hombre. El tema de la conciencia en Newman, junto con el sentido ilativo, que es la forma concreta en la que Newman aborda las relaciones entre la razón y la fe, y junto al desarrollo del dogma, son los tres grandes núcleos de pensamiento que Newman puso al descubierto, a los que abrió camino y dio forma y que aún están por estudiar y por desarrollar, según ha destacado el propio Benedicto XVI.

Mi convicción personal es que Newman nos ayuda a comprender cómo la conciencia está estrechamente relacionada con la posibilidad del hombre de dar fe a Dios. De este punto concreto queremos hablar hoy, aunque me ha parecido necesario hacer esta introducción para que podamos apreciar su alcance.

³ CARLO CAFARRA, en entrevista a Tempi.it, publicado el 19 de junio 2015 : «tutto questo è opera diabolica. In senso stretto. È l'ultima sfida che il satana lancia a Dio creatore, dicendogli: "Io ti faccio vedere che costruisco una creazione alternativa alla tua e vedrai che gli uomini diranno: si sta meglio così. Tu gli prometti libertà, io gli propongo la licenza. Tu gli doni l'amore, io gli offro emozioni. Tu vuoi la giustizia, io l'uguaglianza perfetta che annulla ogni differenza"». «Todo esto es una obra diabólica. En sentido estricto. Es el último desafío que satanás lanza a Dios creador. Le dice: "Yo te hago ver cómo construyo una creación alternativa a la tuya; y verás cómo los hombres dicen: se está mejor así. Tú les prometes libertad, yo les propongo una vida sin freno. Tú les das amor, yo les ofrezco emociones. Tú quieres justicia, yo la igualdad total, que anula cualquier diferencia"».

SEGUNDA PARTE: VISIÓN GENERAL DE LA CONCIENCIA EN NEWMAN

1. LA CONCIENCIA COMO TESTIGO DE DIOS FRENTE A LA IDEA MODERNA DE CONCIENCIA COMO EXPRESIÓN DEL INDIVIDUO.

¿La conciencia es la voz y la expresión más auténtica e íntima del yo? ¿O es la voz de Dios en lo más íntimo del yo? Empecemos con un fragmento de la *Carta al duque de Norfolk*, una de las principales obras de Newman sobre la conciencia:

«Cuando los hombres invocan los derechos de la conciencia no quieren decir para nada los derechos del Creador ni los deberes de la criatura para con Él. Lo que quieren decir es el derecho de pensar, escribir, hablar y actuar de acuerdo con su juicio, su temple o su capricho, sin pensamiento alguno de Dios en absoluto... En estos tiempos, para la gran parte de la gente, el más genuino derecho y libertad de la conciencia consiste en hacer caso omiso de la conciencia, dejar al margen al Legislador y Juez, ser independiente de obligaciones no escritas, invisibles. La cuestión ahora es elegir entre adoptar una religión o no adoptar ninguna, ir a la iglesia católica o a la capilla protestante, hacer alarde de estar por encima de toda religión y ser un crítico imparcial de todas ellas. La conciencia es un consejero exigente, que en este siglo ha sido desbancado por un adversario de quien los dieciocho siglos anteriores no habían tenido noticia –si hubieran oído hablar de él, tampoco lo hubieran confundido con ella–. Ese adversario es el derecho del espíritu propio, la autonomía absoluta de la voluntad individual»⁴.

En estas palabras Newman describe lo que la conciencia es para el mundo. En el texto siguiente retoma esta descripción, pero ya dice lo que la conciencia es según él:

«La Conciencia es la Voz de Dios, mientras que hoy día está muy de moda considerarla, de un modo u otro, como una creación del hombre [... Pero no,] La regla y medida del deber no es ni la utilidad, ni la conveniencia personal, ni la felicidad de la mayoría, ni la conveniencia del Estado, ni el bienestar, ni el orden y *pulchrum* [ni el sentido de lo bello]. La Conciencia no es una especie de egoísmo previsor ni un deseo de ser coherente con uno mismo; es un Mensajero de Dios, que tanto en la naturaleza como en la Gracia nos habla desde detrás de un velo y nos enseña y rige mediante sus representantes. La conciencia es el más genuino vicario de Cristo»⁵.

Veis ya la distancia que hay entre la concepción de Newman y la concepción habitual de conciencia. Podemos resumir este punto, diciendo que la es la «obediencia debida a la Voz Divina que habla en nosotros»⁶.

La conciencia, aunque forma parte de lo más íntimo del hombre, es independiente de sus gustos, de sus intereses, de su capacidad intelectual y del vigor de su razón. Es también independiente de la

⁴ JOHN HENRY NEWMAN, *Carta al Duque de Norfolk* (Madrid, 2005), 75-76.

⁵ NEWMAN, *Al Duque de Norfolk*, 73-74.

⁶ NEWMAN, *Al Duque de Norfolk*, 79

sociedad en la que crece el hombre, independiente de la educación, acertada o errada que recibe, e independiente del mundo sensible que lo circunda. Los mandatos y los juicios de la conciencia dependen solo de Dios.

Entonces, cabe la pregunta: si la conciencia es independiente del hombre, ¿es realmente humana? Sí, en realidad ella define lo más íntimo del hombre. O si se quiere: es una capacidad que pone al hombre ante una decisión que va a definirlo. Esa decisión tiene que ver con la obediencia o la desobediencia del mandato que se le impone. Esa decisión es un “núcleo moral” (*moral center*)⁷, a partir del cual se define y crece la persona. El hombre concreto se define a sí mismo, se hace a sí mismo, en su relación íntima, de obediencia o de desobediencia, con respecto a Dios, que se le manifiesta en la conciencia.

2. DESCRIPCIÓN DE LOS FENÓMENOS DE LA CONCIENCIA

Para fundamentar las ideas que acabamos de exponer y para avanzar nos será útil acudir a una de sus grandes obras de madurez, *Grammar of Ascent, El Asentimiento Religioso*. Allí encontramos una cuidada descripción de los fenómenos de la conciencia.

De la misma forma que el hombre tiene una capacidad para percibir los objetos externos a él, los sentidos sensibles (la vista, el oído...); igual que cuenta con la capacidad de la memoria; de la misma forma que cuenta con la capacidad para deducir o inducir; igual que tiene la capacidad de la imaginación; de la misma forma que tiene un sentido o gusto estético; también tiene un sentido interno que es la conciencia, que juzga sobre la bondad o la maldad de acciones. Si el sentido estético nos hace decir si *una cosa* es bella o es fea; el sentido de la conciencia nos permite distinguir *acciones* buenas y malas, al mandarnos hacer lo que ve bueno y prohibirnos lo malo (como un gobernante); y al enjuiciar nuestros actos (como un juez).

Esta percepción de lo bueno o de lo malo es «una fina [delicada] sensibilidad placentera o dolorosa, de aprobación y confianza o de condena y temor, que acompaña a ciertas acciones nuestras».

El «sentido de la conciencia» es diverso del «sentido moral». Los dos hacen referencia a los actos, pero la conciencia es la orden o el juicio de Alguien sobre nuestros actos concretos, mientras que el «sentido moral» pone en relación nuestros actos no con el juicio directo de alguien, sino con un código moral, permite el juicio de la razón sobre los actos poniéndolos en relación no con alguien, sino con un código.

Pongamos un ejemplo: Se me pasa por la imaginación robar algo en una tienda; la conciencia, el «sentido de la conciencia» me manda evitar ese robo; lo hace acompañando la imagen del robo con sentimientos de condena, de temor, de vergüenza. Estos sentimientos ya son una sanción al robo que se me representa, una sanción que va acompañada con la idea de su prohibición. Ahora, alguien puede perder este fino sentido que le infunde sentimientos de condena, de temor y de vergüenza, pero no por eso pierde el conocimiento de que robar está mal, el decir, el «sentido moral».

⁷ JOHN HENRY NEWMAN, *La Fe y la Razón. Sermones Universitarios* (Madrid, 1993) 341

El sentido de la conciencia como el sentido moral se refieren a los actos libres del hombre. Pero el «sentido de la conciencia» ordena o sanciona un acto imponiendo una autoridad personal; mientras que el «sentido moral» se refiere más a las normas o a los códigos morales, pone en relación los actos libres con la norma o el código moral. A Newman le interesa, sobre todo, «el sentido de la conciencia», que es al que nos referimos aquí.

La conciencia tiene cierto parecido a los sentidos sensibles (la vista, por ejemplo). Así como estos son impresionados por los objetos externos, objetos sensibles, de la misma forma la conciencia es impresionada por algo externo a ella, recibe sus impresiones desde fuera, aunque no sean objetos sensibles. Los juicios y los mandatos de la conciencia están provocados por algo que está por encima de la conciencia y que no se confunde con ella; algo que es, en realidad, alguien.

Newman hace estas afirmaciones basándose en la observación de las impresiones de la conciencia, mandatos o juicios, y de los sentimientos o emociones que acompañan esas impresiones.

Cuando la conciencia **manda**, lo hace provocando en el alma un fuerte sentimiento de responsabilidad y de obligación; cuando **juzga**, provoca fuertes sentimientos de vergüenza o de contento interior. Las impresiones del mandato o del juicio no son propias de la percepción de una norma ética que reconocemos como verdadera; solo la presencia de alguien puede provocar estas impresiones. Y ese «alguien» no es el propio yo, porque los mandatos o los juicios del propio yo no van acompañados de los sentimientos con que vemos que van acompañados los juicios y las órdenes de la conciencia. Solo alguien, distinto del yo y por encima del yo, ante quien la conciencia se sabe presente, puede ser el origen de las órdenes y juicios de la conciencia con los sentimientos que acompañan su percepción.

Dice: «la conciencia se extiende hacia algo que la trasciende, y puede entrever borrosamente una sanción más alta que ella misma, como se ve por el agudo sentido de obligación y de responsabilidad que la informa. Por eso estamos acostumbrados a hablar de la conciencia como de una voz, expresión que jamás pensaríamos aplicar al sentido de lo bello. Más aún, hablamos de una voz o de un eco que impera y constriñe con una fuerza que no tiene paralelo en ninguna de nuestras experiencias»⁸.

Y sigue Newman:

«La conciencia, en virtud de esta prerrogativa de dictar y mandar que le pertenece por esencia, tiene una relación íntima con nuestros afectos y emociones, y nos lleva a reverenciar, a respetar, a esperar, a temer. Sobre todo a temer. Este sentimiento es ordinariamente extraño, no solo al gusto estético, sino también al sentido moral, excepto en caso de asociaciones accidentales. Nadie tiene un sentimiento de temor al reconocer que no ha obrado bellamente, aunque pueda sentirse mortificado si se da cuenta de que con ello ha perdido ciertas ventajas. Pero si uno ha caído en cualquier inmundicia tiene un vivo sentimiento de responsabilidad y de culpabilidad, aunque no se trate de una falta social; un sentimiento de angustia y aprensión, aunque se trate de algo en sí mismo placentero; un sentimiento de confusión, aunque no haya habido testigos»⁹.

⁸ JOHN HENRY NEWMAN, *El Asentimiento Religioso* (Barcelona, 1960) 119

⁹ *Ibid.*, 119

El sentido de la conciencia va más allá del mero juicio del sentido moral, va acompañado de unas emociones que implican «el reconocimiento de un objeto viviente hacia el cual tiende. Las cosas inanimadas no pueden excitar nuestros afectos, sino que éstos se refieren a personas. Si según los casos sentimos responsabilidad, vergüenza, temor por la trasgresión de la voz de la conciencia, ello implica que hay Uno ante quien somos responsables, ante el cual nos sentimos avergonzados, cuyas exigencias sobre nosotros tememos».

»Si al obrar mal, sentimos las mismas lágrimas y nos dominan el mismo dolor desgarrador que sentimos cuando hemos dado un disgusto a nuestra madre; si al obrar el bien nos alegramos con la misma soleada serenidad espiritual, el mismo gozo de satisfacción y de paz que sentimos ante la alabanza de nuestro propio padre, no podemos dudar de que tenemos dentro de nosotros la misma imagen de alguna persona hacia la cual se dirige nuestro amor y nuestra veneración, en cuya sonrisa encontramos nuestra felicidad, por la cual suspiramos y hacia la cual dirigimos nuestras súplicas, cuya ira nos turba y nos consume».

»Estos sentimientos son de tal naturaleza que requieren un Ser inteligente como causa que los provoca. Nadie tiene afecto por una piedra, ni se avergüenza ante un caballo o un perro. Nadie tiene remordimiento o compunción por haber quebrantado una ley humana. Y, sin embargo, la conciencia es capaz de excitar todas estas dolorosas emociones de confusión, temor, condenación de sí mismo; o por el contrario derrama sobre nosotros una profunda paz, un sentimiento de seguridad, una resignación y una esperanza que no pueden ser originadas por un objeto sensible y terreno. Dice el sabio: “Huye el malvado cuando nadie le persigue”¹⁰. ¿Por qué huye? ¿De dónde procede su temor? ¿A quién ve en la soledad, en la oscuridad, en los negros aposentos de su corazón? Si la causa de estas emociones no es de este mundo sensible, el objeto adonde se dirige su percepción debe ser sobrenatural y divino. Por eso los fenómenos de la conciencia, como un mandato, pueden impresionar la imaginación con la figura de un supremo gobernador o juez, santo, justo, poderoso, omnisciente, remunerador. La conciencia es así, el principio creativo de la religión, de la misma manera que el sentido moral es el principio creativo de la ética»¹¹.

3. EL OBJETO DE LA CONCIENCIA: EL ALMA ANTE DIOS

Con el último texto leído llegamos a un punto importante. Newman nos muestra que, en último término, el objeto de la conciencia, «el objeto adonde se dirige su percepción», es Dios. La conciencia —hemos leído ya— «es un Mensajero de Dios, que tanto en la naturaleza como en la Gracia nos habla desde detrás de un velo», que nos trae las órdenes y juicios de Dios, pero en último término, es Dios mismo hacia quien se dirige nuestra percepción. La conciencia nos da la «visión diáfana» «de la

¹⁰ Prv 28,1

¹¹ *Ibid.*, 119

presencia de Dios en nosotros [...] que habita en nuestro interior mediante la Conciencia, que es su representante»¹².

En uno de sus sermones de juventud, de 1833, Newman describe cómo llega un hombre a este punto. Detrás de estas palabras está la experiencia, dolorosa y luminosa, de su primera conversión. No describe un proceso puramente interior; las circunstancias exteriores, como las desgracias que acaecen, pueden influir poderosamente, pero al fin todo lleva al descubrimiento del alma y de Dios, del alma ante Dios en la propia conciencia.

Newman parte de la situación habitual del hombre en el mundo, ignorante de lo verdaderamente real, de que existe un alma y un mundo más allá del mundo sensible. Y dice que si este hombre ignorante atina a imaginar algo tras la muerte, «imagina de nuevo esta vida... como los paganos que sólo alcanzaban a imaginar la felicidad de los bienaventurados como un disfrutar del sol, del cielo y de la tierra de aquí abajo, sólo que más espléndidos que ahora [...]. Miramos desde nosotros mismos a las cosas que nos rodean y, en ellas, nos olvidamos de nosotros mismos... no percibimos nuestra fuerza real». En esta situación el hombre se desconoce a sí mismo, desconoce su grandeza. Es entonces «cuando Dios nos visita» y «se produce una conmoción en nosotros».

El primer paso es la experiencia de que todas las cosas nos defraudan, nos son insuficientes: «Se impone a nuestra mente la relatividad y debilidad de las cosas de este mundo; nos percatamos de que hacen promesas que no cumplen. Las cosas nos defraudan. Buscamos algo que no sabemos bien lo que es, pero estamos seguros de que el mundo no nos lo ha dado».

Segundo paso: «Sentimos que mientras el mundo cambia, nosotros somos uno y el mismo, y así, con la ayuda de Dios, empezamos a comprender lo que significa nuestra inmortalidad y que somos “otros” con respecto a las cosas temporales. Si la desgracia nos alcanza —como ocurre a veces—, entendemos aún mejor la nada de este mundo, aprendemos a desconfiar de él y nos desengañamos de su amor, hasta que al final lo terreno se convierte para nosotros como en un velo superfluo que flota ante los ojos y que, a pesar de sus colores, no logra esconder lo que se ve más allá».

El gran descubrimiento: «Comenzamos entonces a percibir, cada vez más, que sólo hay dos seres en todo el universo: nuestra propia alma y el Dios que la hizo. ¡Sublime, insospechada y a la vez certísima verdad! » [...] Esta percepción de Dios, más allá de los velos de la realidad sensible, es la percepción de Dios en el alma por medio de la conciencia. Enseguida aludirá a ella. El hombre llega a conocerse a sí mismo solo en la relación con este Dios que se le manifiesta en la Conciencia. Todo lo demás pierde valor y lo que se manifiesta como verdadero y decisivo para el hombre es «nuestra propia alma y el Dios que la hizo». «¡Sublime, insospechada y a la vez certísima verdad!». Ciertamente, antes de la irrupción de la conciencia, el hombre singular puede pensar que es un individuo aislado y, por tanto, pequeño en relación con el universo que le rodea, más grande y consistente que él. Pero al descubrirse ante Dios como su interlocutor, se da cuenta de su grandeza en la relación con aquel que da cuenta de todo. Vuelve a ser el centro del Universo, como siempre ha sido en el proyecto de Dios.

¹² JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales I* (Encuentro, Madrid 2007) 58

Al percibirse ante Dios, se percata de que ha descubierto el núcleo más íntimo de su propio corazón, diáfano e inmediato ante Dios. En contraste, se da cuenta de que ninguna otra cosa o persona pueden tocar o acompañar verdaderamente el alma: «Las personas más cercanas a nosotros, que son parte del mundo vacuo, es decir, nuestros amigos y familiares a quienes hacemos bien en amar, tampoco representan mucho, en último término, para nuestra vida terrena. Apenas pueden ayudarnos o favorecernos. Los vemos y ellos influyen en nosotros, pero solo a distancia y a través de los sentidos. Realmente no alcanzan nuestra alma ni penetran nuestros pensamientos ni son realmente compañeros nuestros. En el mundo futuro, con la gracia de Dios, será distinto; pero aquí no disfrutamos tanto de su presencia como de la anticipación de lo que un día llegará. Por eso los seres queridos se vuelven como humo ante la visión diáfana que tenemos, primero de nuestra propia existencia y, luego, de la presencia de Dios en nosotros como Gobernante y Juez que habita en nuestro interior mediante la Conciencia, que es su representante». Estas palabras no desprecian el amor humano, solo constatan que, aún en la comunicación más verdadera con un amigo, con un esposo o esposa..., hay un límite, un reducto del yo que no puede darse ni recibirse. Solo Dios puede tocar el núcleo más íntimo del alma. La conciencia pone el alma ante Dios, como una realidad personal que se convierte en una compañía verdaderamente querida.

Ahora bien, el Dios que se muestra en la conciencia no lo hace de forma plena y definitiva. En la conciencia no tenemos una presencia directa de Dios, es como una voz o un eco. La voz o el eco de Dios en el hombre, no Dios mismo. Dios hablándonos como si estuviese detrás de un velo. Es claro que hablamos con imágenes. Lo que me parece que Newman entiende es que la conciencia pone al hombre en relación con Dios de una forma inmediata, sin intermediario creado, pero, al tiempo, Dios preserva su trascendencia y su libertad. La conciencia da al hombre el conocimiento de Dios como un ser personal ante quien se encuentra de forma inmediata, pero no le da un conocimiento ni mucho menos completo de Dios. Percibe que está ante él, percibe que es Alguien, el ser al que se le debe amor y obediencia absoluta, y percibe, sobre todo, sus juicios morales y sus mandatos, lo percibe como Gobernador y Juez. Sabe que está ante él, sabe que está en su presencia, escucha el eco de su voz, pero no puede ver su rostro.

Eso explica por qué en otros lugares Newman habla del impulso que la conciencia imprime al alma para que busque fuera de sí el origen de este eco, que escucha en su interior.

Con esto pasamos a la tercera parte de esta charla donde ya podemos ver cómo la conciencia es el fundamento de la fe.

TERCERA PARTE: LA CONCIENCIA COMO FUNDAMENTO DE FE.

1. LO FUNDAMENTAL

Lo fundamental lo veremos con dos textos. Vayamos al primero, de 1833:

«Una persona religiosa, antes o después de la venida de Cristo, tiene por hábito mirar hacia fuera y más allá de sí misma en lo que se refiere al Bien supremo. Porque persona religiosa es la que se atiene a la regla de la conciencia, que nace con él [que nace con él no significa que el hombre la perciba desde su nacimiento, como no percibe desde su nacimiento el impulso de la sexualidad con la que también nace], que no está hecha por él, y a la que se siente obligado a someterse. Y la conciencia enseguida dirige sus pensamientos a un Ser exterior a sí mismo, que le dio la conciencia y que es superior a él, evidentemente. Porque la existencia de una ley implica que hay un legislador, y un mandato implica la existencia de alguien que manda. Así que el ser humano es inmediatamente lanzado fuera de sí mismo por la misma Voz que habla dentro de él, y que al tiempo gobierna su corazón y su conducta según ese sentido interior de lo bueno y lo malo, no según las máximas del mundo exterior. Ese sentido interior no le autoriza a confiar en sí mismo sino que, una vez más le impulsa a buscar fuera a Aquel que ha puesto su Palabra dentro de él. Mira y remira en el mundo, buscando a quien no es del mundo para encontrar, detrás de las sombras y engaños de esta escena cambiante de tiempo y sensaciones, a Aquel cuya palabra es eterna y cuya Presencia es espiritual. Busca fuera de sí mismo una Palabra Viva a la que atribuir ese eco que percibe en su corazón. Y como está seguro de que tiene que encontrarla en algún sitio, está predispuesto a encontrarla y con frecuencia piensa que la ha encontrado, y no es así. De ahí que, como la verdad no está al alcance de la mano, el hombre sea propenso a confundir el error y la verdad, a considerar que hay una especial presencia y operación de Dios donde no las hay; y al pensar que cualquier cosa es preferible al escepticismo, se vuelve supersticioso –un reproche que a veces se le hace–. Como podréis suponer, éste es el caso de la gente buena en un país pagano. No se les han concedido las pruebas más verdaderas del poder y de la voluntad de Dios que nosotros sí poseemos, así que donde no pueden encontrar, fantasean, y como su conciencia es más aguda que sus poderes de razonamiento, pervierten y hacen mal uso hasta de esas indicaciones inscritas en la naturaleza que Dios les ha proporcionado. Ésta es una causa de las falsas divinidades paganas, que no son prueba de culpa en su caso, que no conocen cosa mejor, sino cuando les da culto alguien que ha vuelto la espalda a la luz y no ha querido “conocer a Dios”. Y si así marcha un alma religiosa, cuando no goza de la verdad divina [es decir, cuando aún no ha recibido la única revelación sobrenatural, la revelación en Cristo], con mucha más razón acogerá y se entregará con alegría al poder de Dios cuando pueda descubrirlo en los evangelios. Ésta es

la fe que existe en la multitud de los creyentes, una fe que procede de su sentido de la presencia de Dios, que desde el principio les fue certificada por la voz interior de la conciencia»¹³.

Lo nuevo en este texto es cómo Newman enlaza conciencia y Revelación: la voz de la conciencia impone la búsqueda de Aquel que habla en ella, el mismo que sale al paso en la Revelación. El alma es lanzada a la búsqueda de Aquel que escucha en su interior y lo prepara a reconocer su Palabra en la Revelación, en la Encarnación, en el Evangelio. Quien escucha la voz de la conciencia se capacita para reconocer la Palabra. Y la acogerá con alegría. Su fe «procede de su sentido de la presencia de Dios, que desde el principio les fue certificada por la voz interior de la conciencia».

Demos un paso más: ¿cómo es esta búsqueda? Es la búsqueda de quien ama. La conciencia reconoce a quien realmente es decisivo para el alma y digno de amor y enseña a amar aquel a quien escucha como detrás del velo. Busca porque ama. Lo vemos en un texto de *Calixta*, una de las novelas de Newman. La protagonista, Calixta, una pagana que se gana la vida haciendo imágenes de dioses, dialoga de la siguiente forma con Polemo:

« “Polemo, ¿tú crees en un solo dios?”

“Claro, creo en un algo, único, eterno y autosuficiente”.

“Bien”, continua Calixta, “yo creo que Dios está dentro de mí, siento que estoy en su presencia. Me dice «haz esto, no hagas lo otro». Tú dirás que ese dictado no es más que una ley de mi naturaleza como llorar o reír. Pues yo eso no lo entiendo. No; es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en realidad procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona. Cuando obedezco a ese eco, a esa voz, siento satisfacción. Cuando no, siento dolor, amargura, pena; la misma alegría o el mismo dolor que siento cuando agrado u ofendo a algún amigo entrañable. Ya ves, Polemo, creo en más que un “algo”. Creo en lo que es más real que el sol, la luna, las estrellas, la tierra con todas sus bellezas y la voz de los amigos. Tú dirás: «¿Y quién es? ¿Te ha dicho algo él acerca de sí mismo?». ¡Pues, no! Y esa es mi desgracia. Pero por no tener más que eso no voy a tirar por la borda lo que tengo. Si hay un eco, es que hay una voz, y alguien que habla. Y ese alguien que habla es a quien yo amo y reverencio [...] ¡Ojalá pudiera encontrarle! Lo busco a tientas por todos lados, pero no lo toco [...] Ese alguien a quien yo busco y no veo, ¿es vuestro Júpiter, o César, o la diosa Roma? Ninguno de ellos es imagen de ese guía interior mío. Sólo a él ofreceré sacrificios” ».¹⁴

La conciencia enseña a amar a Dios. A amarlo incluso antes del conocimiento que nos da la fe. El conocimiento que da la conciencia de Dios es pequeño, pero el suficiente para entender que es el único

¹³ ID., *Sermones Parroquiales* II (Encuentro, Madrid 2007), 39-41

¹⁴ ID., *Calixta* (Encuentro, Madrid 2010), 266-267

ser que nos concierne de veras, el único digno de un amor incondicional¹⁵. La percepción de Dios en la conciencia propicia el primer acto de amor, que fundamentará la fe en la Palabra encarnada: «Creemos porque amamos»¹⁶.

El amor a Dios, y con él la búsqueda de un conocimiento más verdadero y de una relación más plena, es el primer mandato de la conciencia, que coincide con el primer mandamiento de la ley natural, como no podría ser de otra forma, y con el primer mandamiento del Dios que se revela. Así, comentando las palabras del Salmo 37: «Espera en el Señor, guarda su camino» (Sal 37,34), leemos: «Servir a Dios tiene que ser bueno, dentro de nosotros hay una voz que responde al mandamiento del texto de esperar en él y guardar sus caminos. Lo dice David: “De ti piensa mi corazón: ‘Busca su rostro’. Tu rostro, Señor, buscaré” (Sal 27,8). Es seguro que una espera obediente como esta obtendrá su bendición»¹⁷

Con esto hemos dicho lo más importante para ver cómo la conciencia es fundamento para la fe:

- el descubrimiento de un ser personal y trascendente;
- y en relación con él, el descubrimiento del alma y de su verdadero valor;
- la percepción de que, en último término, solo él toca nuestra alma;
- de cómo la voz interior lanza al hombre a la búsqueda de aquel de quien procede y es capaz de discernir su presencia;
- y cómo esta búsqueda se identifica con el amor a Dios, está fundamentada en el amor y es un acto de amor, el primer mandato de la conciencia.

Este amor —natural podríamos decir—, es el fundamento de la fe: «Creemos porque amamos», solo él es capaz de dar fe, de acoger con confianza a Dios cuando se revela y de entregarse a él.

2. OTRAS ANOTACIONES SOBRE LA BÚSQUEDA DE LA CONCIENCIA

La conciencia provoca otras impresiones que refuerzan la búsqueda de Dios: ¹⁾ pone ante los ojos del alma los graves deberes que tenemos, lo que se acompaña con un sentimiento de responsabilidad para con Dios; ²⁾ da la certeza de que el mal cometido no es solo la quiebra de una norma, sino una ofensa a Dios, lo que se acompaña con un sentimiento de dolor; y ³⁾ da el conocimiento de que necesitamos ser salvados, lo que acompaña con un sentimiento de necesidad y de expectación.

Así buscamos a quien ya amamos, y al que necesitamos como redentor y salvador. Dice Newman: «La fe es modesta, agradecida, obediente. Recibe con reverencia y amor lo que Dios le da cuando sabe que es don suyo. Pero cuando los hombres desconocen la necesidad que tienen de ser redimidos, lo

¹⁵ Hay que decir que toda la primera parte de la *Gramática del asentimiento (El asentimiento religioso)*, es una especie de teoría del conocimiento humano que permite caracterizar cómo es el conocimiento de Dios que proporciona la conciencia al alma, una aprehensión real.

¹⁶ J. H. NEWMAN, *Sermones Universitarios* 286-287

¹⁷ ID., *Sermones Parroquiales* I, 229

arruinado de su condición y su tendencia innata al pecado, cuando no buscan a Cristo sinceramente para ganar algo y hacer algo, sino que lo hacen por pura curiosidad, o como especulación o por formalidad, por supuesto las dificultades se convierten en graves objeciones para recibir su palabra con sencillez»¹⁸.

Quien no ama y no espera un salvador no reconocerá al Redentor, quizá acoja una idea de él, quizá una idea verdadera de él, pero no le acogerá a él, ni se entregará a él. Su fe se refiere a palabras, no a realidades: «Si recibes la verdad revelada sólo con los ojos y los oídos, no crees más que palabras, no cosas [realidades]. Te engañas. Quizá pienses que tienes fe, lo cierto es que no sabes nada»¹⁹.

El amor y la necesidad facilitan una «aprehensión real» y un «asentimiento real»²⁰ de la revelación de Dios. Que acojamos a Dios mismo, no meras ideas o palabras de él, depende en gran medida de la predisposición de nuestra alma, la que nos da la obediencia a la conciencia: «Es un error suponer que nuestra obediencia a la voluntad de Dios se funda exclusivamente en nuestra fe en la palabra de las personas que la Escritura nos asegura que vienen de parte de Dios. Obedecemos a Dios principalmente porque realmente sentimos su presencia en nuestra conciencia, que nos empuja a obedecerle»²¹. La obediencia a la conciencia nos da una sensibilidad especial para reconocer a Dios. Reconocemos fuera al que amamos y honramos en el santuario interior.

Por el contrario, si nos acostumbramos a desobedecer a nuestra conciencia, «nuestra alma se va endureciendo contra los placeres más puros, divinos y humanos. A medida que continúa nuestra carrera en el pecado, la desobediencia pasa a ser nuestro propio castigo»²². En ese caso, la voz de Dios deja de escucharse y su puesto lo ocupa el propio entendimiento, que ahora queda sin la luz que le daba la conciencia: «En la medida en que nos apoyamos en nuestro propio entendimiento, nos vemos empujados a seguir haciéndolo, por falta de un guía mejor. Nuestro primer y verdadero guía, la luz de

¹⁸ *Ibid.*, 209

¹⁹ NEWMAN, *Sermones Parroquiales* I, 84

²⁰ De este tipo de percepciones se ocupará en una de sus obras fundamentales, *The Grammar of Assent* (1870). Sólo hay un tipo de percepción capaz de una influencia operativa sobre el individuo: la "aprehensión real". La aprehensión es "la aceptación inteligente de una idea o hecho enunciado por una proposición". La aprehensión real es «una experiencia o información acerca de algo concreto», capaz de provocar asentimiento real, que es de naturaleza personal, no es un acto automático, sino libre. En el asentimiento real la mente se dirige hacia las cosas reales y posee un carácter práctico, mueve a la acción, a diferencia del asentimiento nocional, que se dirige hacia nociones. El asentimiento real «cuando tiene por objeto algo moral, es tal vez tan raro como poderoso. Hasta que no tenemos asentimiento real, por más que tengamos plena aprehensión y asentimiento en el campo de las nociones, no tenemos agarradero intelectual y estamos a merced de impulsos, caprichos y luces errantes, tanto a lo que se refiere a la conducta personal, como en la acción social o política, o en religión. [Pero los asentimientos reales dados a objetos morales] forman la mente en la cual arraigan y le confieren una seriedad y hombría que inspira en otros confianza en sus opiniones y es un secreto de persuasión e influencia en el escenario del mundo. Ellas crean según cada caso los héroes y los santos, los grandes dirigentes, los hombres de estado...los fanáticos... Ellas han dado al mundo hombres de una idea, de una energía inmensa, de una voluntad de diamante, de un poder revolucionario» (J. H. Newman, *La gramática del asentimiento*, 104).

²¹ *Ibid.*, 199-200

²² NEWMAN, *Sermones Parroquiales* I, 217

la inocencia, se va retirando de nosotros y nada nos queda sino ir a tientas y tropezar en lugares desiertos con la pálida e insegura luz de la razón»²³.

El hombre puede consolidarse en una posición de desobediencia a la conciencia. «Apegados al pecado, aman ser dueños de sí mismos y, por tanto no atenderán ese secreto susurro del corazón que les dice que ellos no son sus propios dueños, que el pecado es algo odioso y que trae la ruina»²⁴. Quien se ha hecho sordo a esta voz de Dios dentro de sí, no entregará su dominio a Dios, no rendirá ante Dios su propio ser, no le dará fe cuando se revele. Ni siquiera será capaz de reconocer a Dios como Dios.

La obediencia habitual a la conciencia hace que el hombre acepte con naturalidad la soberanía del Dios que se revela; la desobediencia, conduce a la tiranía de la propia razón o de las pasiones: «la soberbia endurece el corazón y la sensualidad lo degrada»²⁵. La obediencia a la conciencia hace que la razón del hombre trabaje dentro de sus propios límites, pero cuando el «dueño» no está, ella toma un lugar que no le es propio. «Por eso Satanás no emplea ninguna trampa más peligrosa (aunque sea corriente) que ésta de alejarnos de nuestras reflexiones íntimas y hacer que olvidemos nuestro propio corazón, que nos habla de un Dios justo y santo»²⁶.

Para Newman las verdaderas dificultades para que un hombre llegue a dar fe a Dios, no vienen de la razón. El verdadero problema es el posicionamiento moral del hombre: «Les disgusta positivamente que se les pida creer sin ver. Preferirían confiar en sí mismos más que en Dios, aunque se les llegara a demostrar que Dios realmente les está hablando. Si vieran a Dios, si Dios se mostrara como aparecerá en el último día, se aferrarían a su míseros y desgraciados “yos”, y en la práctica serían desleales a la autoridad de Dios»²⁷. Esta convicción le lleva a Newman, sobre todo en los sermones, a no buscar como fin primero remover las dificultades racionales para la fe, ni, mucho menos, demostrar racionalmente la existencia de Dios, sino remover la conciencia, despertar el conocimiento de sí, disponer al hombre para la obediencia a la propia conciencia y hacerlo así capaz de dar fe a la Palabra revelada: «Limitémonos a obedecer a Dios en nuestros corazones y me atrevo a decir que no habremos de tener en la práctica ninguna duda sobre la verdad de la Escritura. Encontrad a alguien que obedezca estrictamente la ley dentro de sí, sin creer en la Biblia: tiempo habrá entonces de considerar todas las pruebas que nos demuestran la verdad de la Biblia [...]. Nuestras dudas, si las tenemos, se verán que surgen después de la desobediencia»²⁸. Estas últimas son palabras del Newman anglicano cuando tenía 28 años. Pero muchos años después, con 64 años, el Newman romano dice: «Diez mil dificultades no hacen una sola duda. Dificultad y duda son cosas heterogéneas»²⁹, afirmación, por cierto que ha pasado al *Catecismo de la Iglesia Católica*.

²³ *Ibid.*, 217; Cf. también la descripción del sermón 19: *Ibid.*, 243

²⁴ *Ibid.*, 200

²⁵ *Ibid.*, 222

²⁶ *Ibid.*, 294

²⁷ *Ibid.*, 198

²⁸ *Ibid.*, 201

²⁹ J. H. NEWMAN. *Apologia pro vita sua* (Encuentro, Madrid 1996), 238

El enorme desarrollo teórico de Newman sobre la racionalidad de la fe, que se aquilata primero en los Sermones Universitarios y, luego, en la *Gramática del Asentimiento*, no es un esfuerzo para llevar a la fe a través de la razón, sino para mostrar cómo la fe es razonable, más aún: que es un acto de la razón, de una razón que es más que la capacidad de deducir o inducir, conforme a las leyes de la lógica. Un intento, en definitiva de defender la fe de los sencillos y de afirma que esa fe es perfectamente humana, perfectamente justa, perfectamente adecuada.

La conciencia es el criterio interior para reconocer, entre las muchas voces externas, la única Palabra de la revelación. Razón y conciencia son los tribunales donde se puede y se tiene derecho a discernir la verdad de una posible revelación: ella no puede repugnar ni la razón ni la conciencia. Pero la conciencia es la mejor adiestrada en este discernimiento. Está en disposición de reconocer el testimonio concorde de conciencia y revelación. Es «nuestro instintivo sentido del bien y del mal [...], guía interior»³⁰. Es «nuestra mejor ciencia»³¹, «nuestro verdadero guía, la luz de la inocencia»³². Es «la luz de Dios escrita en nuestros corazones que nos manda servirle, nos dice cómo hacerlo, y la Sagrada Escritura completa los preceptos incoados por la naturaleza»³³.

Queda claro que para Newman la conciencia, la obediencia a la conciencia, es un paso necesario para el advenimiento de la fe. Pero alguno podría demandar a Newman si, con la continuidad que él establece entre conciencia y fe, no está limitando la posibilidad de una verdadera conversión ante el acontecimiento novedoso e inesperado de la revelación: ¿La revelación no pone al hombre en una posición frente a Dios totalmente distinta? La revelación en Cristo es un acontecimiento totalmente novedoso e inaudito, ¿no sería «natural» que ante ella el hombre que no había dado muestras de interés religioso alguno, despertase ante Aquel que se le presenta sin velos?

Para responder tenemos que acudir a uno de los elementos más originales de la comprensión del acto de fe en Newman y con ello a una profundización en la relación entre conciencia y fe. Intentemos decirlo brevemente: Solemos entender, y es cierto, que la fe es respuesta a Dios que se revela. Newman no niega eso, pero no entiende la fe como mera respuesta pasiva y casi automática. Nosotros sabemos que el corazón del hombre está hecho para el Verbo encarnado. Pero, ¿cómo es posible entonces lo que dice san Juan: «vino a los suyos y los suyos no lo recibieron»? ¿Cómo entender que el hombre pueda rechazar a Aquel para el cual ha sido creado? ¿Aquel para el que ha sido diseñado su cuerpo, su alma, su razón, su voluntad y todo lo que es? ¿Cómo se puede entender el pecado en su punto más dramático, cuando se rechaza al Verbo encarnado que se revela? ¿Cómo es posible que las mismas acciones y palabras de Jesucristo provoquen la adhesión de unos y el rechazo de otros? ¿Cómo es posible, si el corazón del hombre está hecho para el Verbo encarnado, que se diga en la parábola: “aunque resucite un muerto, no creerán”? Traigo solo dos textos para responder a estas preguntas: «La fe es un proceso racional en el que mucho lo pone el carácter de la misma persona creyente»³⁴. Y: «La fe es un juicio sobre hechos que tienen muchísimo que ver con la conducta humana, un juicio que se forma, no tanto a partir de la simple impresión que los hechos producen en el alma, como por el movimiento extensivo del propio espíritu hacia ellos ... Creen basándose en fundamentos que llevan dentro de sí, y no meramente ni

³⁰ ID., *Sermones parroquiales* I, 215

³¹ *Ibid.*, 216

³² *Ibid.*, 217

³³ *Ibid.*, 58

³⁴ JOHN HENRY NEWMAN, *La Fe y la Razón. Sermones Universitarios* (Madrid, 1993), 269.

principalmente sobre la base del testimonio con que la religión les llega»³⁵. Un texto provocador, sin duda, con el que se vuelve a afirmar que la fe no es mera respuesta. Es respuesta, la iniciativa la tiene Dios, que llama en la conciencia primero, que se revela después, pero la respuesta es verdaderamente libre, activa, «un movimiento extensivo del propio espíritu». Este punto necesitaría una mayor aclaración pero apenas tenemos tiempo.

Es cierto que las noticias de la conciencia son limitadas e incompletas, no lo dicen todo, pero son ciertas y dignas de crédito. Si tenemos que confiar en nuestra naturaleza, debemos dar crédito a nuestra conciencia: «Lejos de llevar al hombre al error, le llevarán, si es obediente, desde la certeza a una fe firme en la Escritura, donde encontrará abundantemente confirmadas, completas e ilustradas, todas esas vagas conjeturas e imperfectas nociones sobre la verdad que su propio corazón le ha mostrado»³⁶.

Tanto en la conciencia como en la revelación, Dios no da de una sola vez el conocimiento total de sí al hombre, ni le muestra el itinerario completo que ha de recorrer para alcanzarlo, sino solo la luz que precisa en cada instante para dar el paso siguiente en su camino. Newman aquí habla en primera persona y muchas veces hablará de este punto concreto que nos enseña humildad y obediencia, que nos enseña a ser hijos.

Traigo solo ahora un ejemplo. A propósito del rey Josías. Josías, guiado por la luz cierta pero pequeña que recibía de Dios en la conciencia, emprendió la labor de la reforma religiosa de Judá. Y esta actitud de obediencia a la luz cierta pero limitada que se le daba, le mereció la luz de la ley, cuando fue descubierto en las obras del Templo el libro del Deuteronomio: aunque «no tenía un conocimiento detallado de la ley [...] a los veinte años inició la reforma religiosa. Al comienzo, no teniendo los libros de la ley que lo pudieran ayudar, tomó como medida lo que le sugería la conciencia moral; y destruyó totalmente la idolatría. Se puso así en camino sin saber dónde llegaría. Pero es norma de la providencia divina premiar a aquellos que obran con la luz que ya tienen»³⁷. La obediencia a la conciencia es premiada con la luz de la fe.

3. VUELTA A LO FUNDAMENTAL

Quiero terminar con un texto de carácter autobiográfico, famoso, muy citado. Es un fragmento de una de las obras maestras de Newman, *Apología pro vita sua*. Dice así:

«En nuestra mente hay una secuencia que la lleva de forma concatenada desde su primera idea religiosa hasta la última [...] Filosóficamente hablando, no existe punto medio entre el ateísmo y el catolicismo y, por tanto, una inteligencia realmente coherente [...] no tiene más salida que ser ateo o católico.

»De esto sigo convencido: soy católico porque tengo fe en Dios; si alguien me pregunta que por qué tengo fe en Dios, le contestaré que creo en Dios porque tengo fe en mí mismo, porque

³⁵ *Ibid.*, 276-277.

³⁶ *Ibid.*, 214

³⁷ JOHN HENRY NEWMAN, *Parroquial Sermons* VIII, 98. En: VELOCCHI, *Newman, La Coscienza*, 31. Texto de la época en que el movimiento tractariano estaba en pleno auge.

me parece imposible tener fe en mi propia existencia —de la que estoy completamente seguro— sin creer en la existencia de Alguien que vive en mi conciencia como un Ser Personal que todo lo ve y todo lo juzga»³⁸.

Newman compara en este pasaje el desarrollo de las ideas religiosas con su hallazgo en el *Desarrollo del dogma*. Allí viene a decir que existe una unidad vital en el desarrollo de la teología dogmática, desde las primeras enseñanzas de la Iglesia primitiva hasta las definiciones dogmáticas hodiernas. En la fe con la que el hombre acoge a Dios y se entrega a Dios, «la fe religiosa», también hay esa unidad: desde la primera idea religiosa, la noticia que le da la conciencia, hasta la última, cuando da fe a toda la verdad católica.

Dicho de otra forma: quien obedece a la conciencia, llegará ¹⁾ a creer que existe un Dios personal creador de todo; ²⁾ llegará a dar fe al anuncio de que Dios se ha hecho hombre en Jesucristo, es decir, llegará a ser cristiano; ³⁾ llegará a dar fe a la pretensión de la Iglesia de que en ella vive y actúa el mismo Cristo, es decir, llegará a ser católico.

Si no obedece la conciencia será ateo, si la obedece terminará en el catolicismo: «no tiene más salida que ser ateo o católico», al menos «filosóficamente hablando». Puede haber circunstancias históricas que impidan este desarrollo, pero la lógica es esta que Newman asume en primera persona: ¹⁾ «Soy católico porque tengo fe en Dios [...]». ²⁾ «Tengo fe en Dios porque tengo fe en mí mismo». ³⁾ «Me parece imposible tener fe en mi propia existencia —de la que estoy completamente seguro— sin creer en la existencia de Alguien que vive en mi conciencia como un Ser Personal que todo lo ve y todo lo juzga».

Unas páginas más adelante dirá también esto que suele sorprender por su simplicidad y su rotundidad: «Si no fuera por esa voz que habla tan claramente a mi conciencia y a mi corazón, yo sería ateo, panteísta o politeísta al mirar el mundo»³⁹. Ateo, panteísta o politeísta, es decir, no creería en un ser Absoluto de carácter personal, no creería en Dios.

* * * * *

Volviendo al principio: ojalá comprender un poco mejor esa capacidad nuestra que es la conciencia, capacidad natural dada por el Creador, nos ayude a defender la creación y al único ser al que Dios ha amado por sí mismo, el hombre; para que pueda seguir escuchando a Dios y ofreciéndole el homenaje de la fe, que es el principio de la vida cristiana. Ojalá aprendamos a ser hombres de conciencia, para que nuestra fe sea viva y alcancemos definitivamente a Dios, que nos ha alcanzado en Cristo.

P. Enrique Santayana Lozano C.O.

³⁸ NEWMAN, *Apología*, 203

³⁹ *Ibid.*, 239.